

Dios Padre

Hablar del «padre» en un mundo en que las interrelaciones de los semejantes nada parecen manifestar de la fraternidad que la revolución francesa de dos siglos atrás elevó a la categoría de paradigma, suscita una sonrisa entre tolerante e irónica. Mayor es la perplejidad para nombrar y describir la acción del Dios cristiano en el que los seguidores de Jesús de Nazaret, el Mesías de los tiempos nuevos, están llamados a creer.

Sin embargo, todavía en este fin de milenio las mujeres y los varones resultamos sintiéndonos incapaces de traducir nuestra experiencia vital de manera diferente, pues el ser padres –aun extendida esta realidad a la de las madres– e hijos de un padre –y de una madre– constituye una estructura esencial para quien pretenda ubicarse en el interior de la existencia humana. Ni los sorprendentes avances de las ciencias naturales han logrado exorcizar del mundo de los vivientes la paternidad. Del padre y de la madre sigue hablando, cuando se trata de las especies animales, la biología contemporánea. Con los sinónimos y los derivados de los sustantivos «padre» –y «madre»– prosiguen expresando sus logros la sociología y la filosofía, la lingüística, la psicología y, en general, el conjunto de las llamadas ciencias sociales cuando está por terminar otro siglo de investigaciones. Y si bien las hermenéuticas recientes han relativizado hasta la saciedad los vocablos de tipo familiar con que las sociedades y los individuos continúan manifestando sus vivencias y sus valores más hondos, ni las mismas ciencias humanas pueden escapar de dichas categorías a la hora de precisar sus aportes a la comprensión de los fenómenos históricos.

¿Estamos obligados entonces a nombrar, identificar y aun a añorar al padre a pesar de la pretendida adultez que la racionalidad moderna ha querido conferir al mundo por ella construido y a sus habitantes? Tal pareciera ser la condición del hombre contemporáneo. Por eso la teología cristiana ha optado por llamar Padre –así con mayúscula– al Dios que Jesús de Nazaret señaló como el señor de la historia y del cosmos. Está vencida aquélla de que no se trata de nadie distinto del mismo que protesta –empecinadamente, a través de todo el Antiguo y el Nuevo Testamentos– ante cualquier género de maldad, de mentira, de explotación del hombre por el hombre. El Dios apasionado que firma día por día un acta de resistencia en su frontal

rechazo del mínimo asomo de injusticia no es distinto del Dios que, vencido por la misericordia, se somete a la voluntad humana al inclinarse ante quien hiere sus sentimientos de amor cuando golpea a cuanto ha brotado de sus manos creadoras. Por eso la teología de estos últimos insiste en llamarlo «Padre». Y por eso la teología hecha por mujeres, o al menos desde la perspectiva de las mujeres, no ha tenido reato alguno en darle también el apelativo de «Madre»: así, con mayúscula.

En esa óptica se inscriben las contribuciones del número de *Theologica Xaveriana* que ahora ponemos en manos de nuestros lectores. Cuál es el significado para hoy de la clásica expresión «en el nombre del Padre» desea poner de manifiesto el trabajo de Ignacio Madera, S.D.S. La categoría del «estar enamorado», ampliamente debatida por Bernard Lonergan en su obra teológica, servirá a Mario Gutiérrez, S.I., para subrayar en ella una fuente de experiencia religiosa que, sin restricción alguna, puede conducir al hombre a que se le revele el amor en un mundo de iniquidad. Si la reconciliación se vive en las coordenadas del espacio y del tiempo –afirma el ensayo de Víctor Martínez, S.I.–, la reconciliación sacramental sucederá como signo eficaz de la lucha del cristiano contra el pecado personal y social. De la gracia transformadora de Dios en María, la madre del Verbo encarnado, a través de su estar con ella y de lo sucedido en nosotros a través de ella, nos hablan las páginas de Silvestre Pongutá, S.D.B. Las de Oscar Marcelo Castro, SS.CC., acentuarán que una de las ineludibles tareas de la Iglesia actual tendrá que ser la de generar procesos de iniciación que lleven a la conversión de los bautizados y a su experiencia de la misericordia divina. Jairo Alfredo Roa revelará en su artículo la perentoria necesidad del diálogo interreligioso como instrumento de Dios para llamarnos a la novedad de vida en el trabajo por la paz.

Ofrecemos a continuación los textos de las recientes catequesis de Juan Pablo II sobre el sentido cristiano del cielo y del infierno, a fin de que la inquietud de muchos creyentes al respecto supere el ambiguo nivel de la información masiva. Y dentro de esta sección de documentos, otros dos trabajos que encuestan el contexto desde donde hacemos teología: Consuelo Vélez expone cómo la globalización y el neoliberalismo imperantes se han ido tornando ineludibles desafíos para nuestra fe que está obligada por eso a dar una respuesta ética a ellos y a ofrecer, en consecuencia, una líneas de acción. Finalmente, porque el Crucificado forma parte de la esencia de Dios, de su dimensión constitutiva, pues quien ha sido condenado al suplicio en ella es la insuperable expresión de la libertad y fidelidad de Dios para con los hombres, puede afirmarse que los derechos humanos son los derechos de Dios, y defender los del hombre es ser fiel a la fidelidad de Dios para con el género humano: así lo sostiene el artículo de Alejandro Matos, S.I.